

Luenda Enriqueta: Una reunión inaplazable me impidió salir de Pamplona antes del autobús de las 21,30. He llegado aquí a las 3.

Otra reunión a la que no puedo faltar me obliga a coger el tren de las 9.

Te dejo aquí una carta que te escribo esta noche aquí, junto a Jaime

Un grandísimo abrazo

Marta de la Cruz

Madrid 15 de noviembre de 1999

Queridísima Enriqueta:

Aquí, junto a Jaime aparentemente muerto, quiero decirte que a Jaime, desgraciadamente, lo hemos perdido pero que no ha muerto. Ni morirá mientras vivamos tú y yo y tantas y tantos que le quisimos tanto y a quienes él nos quiso. Porque, por ese cariño y por la fabulosa capacidad de ser humano que Jaime tuvo, nos metió en nuestras vidas, en nuestras memorias y en nuestros sentimientos pedazos enormes de él mismo que siguen vivos en nosotros y lo seguirán hasta el final de nuestras vidas. Pedazos de su inmensa inteligencia, de su fantástica ironía, de su castiza socarronería, de su incommensurable bondad, de su recia e imponente honestidad, destellos de su brillantez profesional, retazos de su oceánica cultura ... Fueron tantas sus cualidades, tanta su generosidad para derramarlas sobre sus amigos y camaradas, que inevitablemente iba dejando profundas huellas de ellas en nosotros.

Le he mirado la cara al escribir esto y he sentido la certeza de que si estuviera despierto y no dormido como parece se habría reído de mí y me habría zaherido con alguna de las repetidas fugidas mofas que hacía de mi "trascendencia", de mi "propensión a convertir cada coyuntura en una enmarañada volumne".

¡ Que te voy a contar a ti, Enriqueta, de lo que yo ²
le quería y de como me quería él! Fuimos siempre, por
más que estuvieramos lejos en la distancia, más que
hermanos. Porque los hermanos te vienen dados por
azar biológico pero los amigos de verdad, como él y yo
lo hemos sido, se autoeligen, se autoescogen como
se autoeligen varón y mujer, compañera y compañero.
No Te ponderaré, porque lo sabes, la inmensa e
imposible ayuda que Jaime nos dio a Margarita y
a mí cuando angustiosamente la necesitábamos en
el 89, cuando darnosla implicaba riesgos y daños,
cuando nadie más que él tuvo la gallardía de
hacerse socio de un rojo separatista triplemente procesado
y en libertad provisional. Pero ese rasgo de generosidad y
de honbría no fue más que un eslabón más de una
larga cadena de generosidad y de afecto.

Rechazaba siempre que yo dijera la verdad: que él
era el nº 1 en R.P. y yo solo el 2 a distancia. Sé que,
sin yo saberlo, me defendió mil veces de enanos y
traidores a sí mismo. Pero lo principal que me dio es
a sí mismo. Soy hoy como soy y lo que soy porque
él ha sido mi amigo. Porque al serlo ha ido haciendo
que pedazos de mí se hicieran como si fueran pedazos
suyos. ¡ Aprendí de él tantas cosas! Aprendí la
serenidad y la calma al tratar con clientes y enemigos.
Aprendí la necesaria frialdad para calcular con
precisión las posibilidades reales de las más locas
aventuras. Aprendí la eficacia del aceite del humor
y de la ironía para engrasar un aparato mercantil,
empresarial o político cuando la torpeza lo agarrotaba.

Compartí con él la rabia contra la injusticia y el desprecio a los que se venden. Compartí el goce de la buena mesa y los buenos vinos. Y, sobre todo, de las largas conversaciones entre amigos. Me beneficié de la amplitud de su cultura, de su sensibilidad para el arte y la belleza. Disfruté, al trabajar con él, de los relámpagos de inspiración e inteligencia con que al paso, sin darle importancia, como si nada pudiera haberlo, resolvía un problema que me habría tenido atascado horas o días o semanas.

Recuerdo una por una, y son muchas, las veces que practiqué con Marquín y conmigo la suprema elegancia de alabar el trabajo de otro. Elegancia tan escasa en la España caimita y envejecida del franquismo que padecemos y aún superviviente. Le alegraban nuestros éxitos más que si fueran suyos y premiaba de ellos más que de los suyos.

Me quería Enriqueta. Y yo le quería a él. Enfrentados los dos con canallas nos bastaba cruzar los ojos para saber que coincidiríamos y para seguir sin fallo la estrategia y la táctica adecuada. Iba a una reunión con un cliente difícil para mí, porque no conocía el tema o la actividad, dejaba de ser un problema si venía Jaime. Porque él era la roca del buen sentido, el pozo hondo repleto de experiencia, la fuerza tranquila de la inteligencia probada.

Y la seguridad de que siempre, siempre, acertaría con el tono. El tono adecuado para la conversación. El tono adecuado para exhibir nuestros saberes. El tono adecuado para contar nuestras carencias.

sin que parecieran insuficiencias.

4

Margarit y yo recordábamos esta tarde cómo reuniones de trabajo de muchas horas con él se hacían leves y cortas por su cordialidad, por su simpatía, por la evidencia de su eficacia y por el cuidado con el que disminuía la importancia de sus aportaciones.

Hemos discutido encarnizadamente muchas veces pero no recuerdo que hayamos reñido nunca. Ni que nos hayamos enfadado el uno con el otro nunca. Ni que hayamos dudado el uno del otro nunca.

Ha sido, tú lo sabes, Enriqueta, un gran hombre. Una gran persona. Demasiado grande para este pozo encanallado de la prolongación franquista del franquismo. Me quedare siempre con la frustración de que no hayamos ganado en Euzkial Herria a tiempo para haberle "fichado". Para haber conseguido incorporar su lucidez y su inteligencia a una tarea de construcción en la que habría disfrutado y desplegado todas sus enormes capacidades y experiencia.

Yo he hecho muchas veces "pucheros" estos años pasados añorando su presencia y su fuerza. Porque recuerdo bien, demasiado bien, las inyecciones de moral y de serenidad que me daban su sonrisa y sus chanzas, su ironía y su cachaza en los últimos años del franquismo y los primeros del postfranquismo.

Guinera, Enriqueta, que les dieras a leer a vuestros hijos esta carta escrita junto a mi padre muerto para que tengan la vivencia de facetas de él que quizás no puedan advertirse desde la posición hijo-padre como las ha vivido un amigo de parecida edad.

Que sepan que, valga yo lo que valga, lo valgo en muy importante medida porque mi padre era como era.

Y que hay por el mundo otra gente a la que le pasa lo mismo. Porque Jaime era de esa rarísima especie de hombres que en vez de esculpir estatuas en piedra, madera o hierro, son escultores de seres humanos. Van dejando la huella del cincel y de la marca de su inmensa personalidad en aquellos con quienes tratan. Más profunda y más determinante cuanto más íntima relación tuvieron con él, claro está. Pero en todas. Dudo que haya alguien que ha sido subordinado de Jaime (secretarias, adjuntos, ejecutivos, etc) que no recuerde la corteza, el buen hacer, el saber estar de Jaime y que no haya copiado, consciente o inconscientemente, actitudes, gestos, esquemas de comportamiento de él.

Era, además, algo muy difícil de ser. Era divertido. Divertido que no "gracioso". Cualquiera cita con él, aún la más breve, encerraba siempre uno o muchos momentos de diversión. Porque le divertía la vida. Porque sabía juzgarla, criticarla, despiezarla resaltando las contradicciones, las torpezas o las miserias rebozándolas con su yumbona ironía, convirtiendo lo que yo habría hecho apasionado alegato o furiosa invectiva en una chonxa amable aunque mordaz. Y, a la vez, sabía ser un "bon vivant" que disimulaba la intensidad del goce de lo bueno que la vida ofreciera a cada instante con el seny del catalán de les Illes que estaba siempre - sin exhibirse - en lo hondo, en el substrato del cosmopolita que también era (y que es lo que sólo veían en él quienes no le conocían bien).

Agradezco al azar que la imposibilidad de llegar al tamboreo hasta las tres de la madrugada me haya proporcionado estas horas de soledad para



escribierte estas líneas. Estoy seguro de que se habría 6
chanceado de la situación. De que habría dicho:
" ¡Yo aquí, frito, en esta especie de pecera de acuario,
mientras le escribas a Enriqueta! " Pero me está haciendo
bien escribir de él. Me ayuda a asimilar el golpe de la
noticia de que le hemos perdido. Tenía al impacto de
mis sentimientos (Margarit también lo tenía y me ha
hecho recomendaciones para intentar controlarlos). He
llorado un poco en el autobús cuando me ha invadido
el desconsuelo. Pero luego ha sido la parte de Jaime
que él ha impreso en mí la que me ha serenado. Su
elegante estoicismo. Un estoicismo culto, con volera
mediterránea, de patricio romano. Que toma la vida
como es aunque lucha para que sea como debe ser. Y
que encaja las pérdidas como inevitable parte del
vivir. Sabiendo que están amortiguadas por las ganancias
que las precedieron. Que si el hueco de lo perdido, Jaime,
es tan grande es porque así de grande fue el beneficio,
la ganancia, el regalo que él supuso en nuestras vidas.

Te contaré una anécdota nuestra del año 74.
El año anterior Margarit y yo habíamos alcanzado el nivel
profesional que me permitió despojarme de chaqueta, chaleco y
corbata e imponer a mis clientes vestiduras informales.
Me colgué entonces del cuello una porcelana de Sargadelos
que figuraba un puño cerrado, un gesto romano convertido
por los gallegos en signo de buena suerte que en aquellas
fechas incorporaba otro evidente significado desafiante.
Vió a Jaime en mi despacho de Pegasus y, refiriéndose
al colgante, me dijo: "Yo no tendría huecos para
llevar eso". Recorde muchas veces esa frase cuando
Jaime llegaba imperturbable a comidas con
chrents mientras yo me encapetaba en ostentoso

restaurantes. Y Jaime venía tan campante en mangas de carisa con unos vaqueros ostentosamente usados. Sin que nunca un cretino camarero se atreviera a decirle una palabra. Porque el aura, la presencia de Jaime, exudaba posesión del espacio. Él estaba allí y, por el hecho de estarlo, estaba bien. Correto. Ademado. Entumado. Longamente.

Una vieja polémica (¡tan candente en la Euzkal Herria en la que vivo y luchó!) se encienda con las relaciones entre fines y medios. Por allí arriba la resolvemos diciendo que los fines atraen, exigen a los medios. Jaime atraía a la etiqueta. La fuerza de mi personalidad hacia que en cualquier sitio "ir bien", "estar bien", fuera ir como iba Jaime.

Fíjate bien, Enriqueta, en lo poco que nos hemos visto Jaime y yo desde que me marché a Euzkal Herria. Salvo el año 89 que pasamos en Madrid. Y, sin embargo, no se aflojó ni un ápice el lazo de amistad y cariño que nos unía. Bien saben los Madrides que la intensidad de mi vida en Euzkal Herria me hizo echar de menos muy pocas cosas del Madrid donde nací y viví 43 años. Una de esas pocas cosas era la convivencia con Jaime. Tú ya lo sabes pero te reitero yo que lo que ahora puede y debe paliar tu dolor por perderle es recordar todo el tiempo que lo has vivido. Si cortas entrevistas espaciadas en años han mantenido en mí el gozo de disfrutar de su compañía y me han hecho "rico en Jaime", todos estos años pasados te hacen a ti "muchísimamente en Jaime". Disfruta ese enriquecimiento. Paladeálo. Revivelo en tu memoria. Utilízalo como talismán contra la pena.

Y, Enriqueta, gracias por los años que tú le has dado. ⁸
Todos estos años he advertido en Jaime esa fundamental
tranquilidad, esa sensación de serenidad, esa firmeza
estructural de ánimo, que sólo se nota en un varón
que tiene amplia, suficiente y satisfactoriamente cubiertas
sus necesidades de "comfort emocional". Que viva la
vida con una mujer a la que quiera y que le quiere.
Con una mujer que es una persona y no una muñeca.
Con una mujer a la que escucha y no sólo oye. El
Jaime de estos años era "tú" Jaime. Y era mejor y
se sentiría mejor por ello. Y los demás (por lo menos yo)
lo advertíamos.

Jaime ha sido obra tuya. Como tú lo eres de él.
Que ambas obras sean tan excelentes no es, lo sabes, fácil.
Yo te admiraba como persona y como artista pero te
quiero por lo que le has hecho y por lo que has hecho
con él.

No sé qué añadir más. He escrito esto de un tirón,
como vaciándome. Estoy contento de haberlo hecho.
Me ha ayudado a asumir "los datos de la situación" los
terribles datos de que me he quedado sin Jaime.

No hacía falta pero te lo digo: cuenta conmigo
y con Margarín para todo aquello que esté en nuestra
mano y que necesites. Y con Zuzen y Zurine. Zuzen
y su mujer han venido esta noche a través de la
nieve desde el Baytan hasta la estación de autobuses
por si no salía el autobús. Para en su caso traerme
ellos con cadenas o con esquís.

Un abrazo muy muy fuerte Enriqueta. En este momento no sé si puede verte hoy. Una reunión concertada hace semanas con gente clave, en la que mi presencia es imprescindible, me obliga a coger el tren a las 9. Y no sé si a las 8, cuando me vaya de aquí, habrás venido vosotros.

Pero sé que recibirás mi abrazo y mi cariño igual que si nos viéramos

¡Bora Jaime!

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Bora Jaime', written over a horizontal line that extends to the left and then curves downwards.